

Armas y política

Los continuos cables sobre la compra de armamentos por parte de Argentina y Perú llenaron la primera página de los diarios durante muchos días. Las interpretaciones de los observadores enfocaron el tema desde los más variados ángulos; tal vez faltó considerar un aspecto: las motivaciones de la actitud norteamericana.

El autor de un libro cuyo título se parece al del epígrafe, el profesor Lieuwen, ha presentado ante una de las comisiones del Senado norteamericano una ponencia vinculada con la política de los Estados Unidos hacia América Latina, especialmente hacia la que podríamos denominar la América militar.

La ponencia de Lieuwen trata de poner en cuarentena a los gobiernos militares, señala algunos de sus aciertos en lo tocante al ordenamiento de la economía y a los beneficios que ello supone para el sector privado, pero opina también que son muchas las limitaciones de un gobierno militar y que la experiencia indica que, al cabo, deberá dejar su lugar a un gobierno civil normalmente elegido para enderezar la situación latinoamericana.

La opinión de Lieuwen no es insólita, habida cuenta de la manera de ver la situación latinoamericana que predomina en los ambientes políticos norteamericanos y, sobre todo, en los círculos liberales (liberales norteamericanos, se entiende, algo así como la izquierda política de los Estados Unidos en muchos sentidos). Pero interesa porque viene a resultar convergente con el proceso político estadounidense con vistas a las elecciones de 1968, en el que se advierte la recuperación de los "palomos" en desmedro de los "halcones", sobre todo por influencia de la guerra en el Vietnam.

En ese contexto viene a conocerse la gestión de algunos gobiernos latinoamericanos para dotarse de nuevas armas en Europa, sobre todo en Francia. Perú ha reconocido que gestiona la ad-

quisición de los formidables Mirage V, y la Argentina ha hecho otro tanto respecto de tanques modernos. Esto ha producido diversas reacciones, que deben entenderse según la perspectiva desde donde se aprecie la cuestión. Los argentinos dan a entender que su aspiración es romper el monopolio norteamericano respecto de los armamentos, e incluso de llegar no sólo a otro mercado, sino a producir algún tipo de armamento en sus fronteras. Una suerte deimitado autoabastecimiento militar. Los peruanos han reaccionado con irritación ante la homilía norteamericana a raíz de la gestión con los franceses y han aprovechado la cuestión para recordar principios de soberanía. Los norteamericanos, por su parte, discuten ya si mantendrán la ayuda económica pública a países que emplearían una dosis de ella en la adquisición de armamentos, en lugar de aplicarla íntegramente a los problemas del desarrollo.

La cuestión es, sin duda, delicada. Las fuerzas armadas latinoamericanas necesitan renovar sus armamentos, que en algunos casos demuestran su decrepitud cuando tienen que enfrentar a pequeñas fuerzas muy bien dotadas, como le ocurrió al ejército boliviano en la primera etapa de la lucha contra las guerrillas. No obstante, esa renovación no debe superar lo indispensable, pues entonces el esfuerzo por el desarrollo se ve parcialmente afectado por quienes han opinado ya que no hay seguridad sin desarrollo, de donde se deduce que este tipo de negocios debería ser bien explicado al pueblo, que es quien al fin y al cabo los paga.

La perspectiva norteamericana es mucho más compleja, porque los Estados Unidos no sólo ven afectado su monopolio militar, sino el control de la situación en el subsistema americano que es América Latina. La reacción norteamericana se debe a muchas razones, algunas de las cuales calan hondo en la idiosincrasia americana. Las más inmediatas son estratégicas. Los Estados Unidos se consideran los "custodios" del mundo occidental y no quieren ver comprometido su liderazgo por el mal comportamiento de potencias menores ni por la práctica imprudente de la guerra por quienes no tienen sobre sí mismos toda la responsabilidad de un conflicto eventual. A eso puede añadirse la inconveniencia económica que significa compartir un mercado hasta ahora exclusivo, y la militar, que supone la existencia de armamentos cuyo uso no esté limitado por cláusulas que habitualmente incluyen las ventas de armas norteamericanas a países extranjeros. Y es necesario atender, por fin, a las motivaciones profundas de la actitud norteamericana. Los Estados Unidos viven de manera constante una tensión entre el conflicto y el consenso. Esta dualidad se proyecta en el problema del uso de la fuerza. Porque por un lado, los norteamericanos usan de la fuerza — sea directa o indirectamente, para vencer o para disuadir. Y por otro observan con sospecha e impaciencia las demostraciones de fuerza del enemigo, o de los amigos desobedientes. Es parte de la historia norteamericana y la demostración de que "el desarrollo es el nuevo nombre de la paz".